

ama ata aidoo

**ser escritora
y universitaria
en una
sociedad
africana**

Desde pequeña tuve la impresión, por haber vivido siempre entre mujeres adultas, de que todo lo que tuviera que ver con el hecho de ser mujer, era considerado sucio. Más aún, se les dejaba aparte respecto a cualquier cosa, siempre aparte.

La primera menstruación de una niña se celebraba sólo después de una larga semana de confinamiento. Y eso de celebrarlo, habría que ponerlo entre comillas. Porque hoy ya sabemos que esa "celebración" significaba, realmente, una forma sutil de anunciar el hecho de que la niña estaba lista para la procreación, de manera que todos los interesados pudieran comenzar a pensar en presentarse y ofrecerse como socios para la sagrada empresa. Y una vez que usted, el hombre joven, tenía la suficiente valentía como para lanzarse y arrebatársela de las espaldas de su madre, podía estar también seguro de que había adquirido:

una asistente sexual,
una nodriza,
una niñera para sus hijos,
una cocinera y administradora,
una ama de casa,
una oyente segura,
una asesora en lo económico y en cualquier otro aspecto que fuera necesario,
una ayuda de campo,
y, si esas fueran sus inclinaciones,
también una pera de boxeo.

*Trabajo presentado por la escritora de Ghana ante el seminario de UNITAR sobre "Mujeres creadoras en sociedades cambiantes" llevado a cabo en Oslo, Noruega, julio 1980. Hemos eliminado, por razones de espacio, las notas a pie de página que la propia autora considera prescindibles. (n. T).

No, la situación de la mujer en Ghana no es menos ridícula que en cualquier otra parte. Los pocos detalles que la diferencian sólo resultan interesantes en términos de color local o de intereses y necesidades familiares específicas.

Yo no sé si tuve la suerte o la desgracia de nacer en una de esas familias que consideran otras alternativas de vida para sus hijos, superiores a las que ellos mismos como adultos están viviendo.

Por ejemplo, cuando yo nací, mi padre ya pensaba seriamente que la educación de tipo occidental constituía la respuesta para todos los problemas y limitaciones de una mente poco capacitada, y de la misma manera estaba convencido de que la vida de las mujeres era, en definitiva, un desperdicio.

Mi tía, que sólo había aprendido a leer lo suficiente de nuestro idioma como para formar parte del coro de la iglesia, y que nunca perdonó a su familia el haberla privado de mayores oportunidades educativas, me dijo alguna vez, estando yo en la secundaria: "Hija, llega lo más lejos que puedas en esto de la educación. Camina y camina; camina hasta que tú misma decidas que estás cansada. Porque en lo que se refiere al matrimonio, es algo que a la mujer le va a tocar de todos modos; siempre aparecerá en su camino".

Eso sucedió hace ya bastante tiempo.

Y es por esta razón que hoy me resulta tan sorprendente y tan incomprensible que al relacionarme con hombres y mujeres, con estudiantes y graduados, con conferencistas y profesores, haya tenido yo que aprender que todos piensan, creen e insisten permanentemente que el matrimonio es para lo único que fue creada la mujer.

Y me pregunto, ¿es la educación superior una forma poco afortunada de posponer la autorrealización de una mujer?, ¿acaso cualquier carrera que conduzca al éxito, por supuesto fuera del hogar, es una forma natural de ser exclusiva para los hombres o para algunas mujeres más bien "feas"? ¿acaso la única forma para una mujer de permanecer dentro del mundo académico es estando, además, casada?, ¿en el caso de casarse, quiere decir entonces que está exponiendo ante el mundo el poco atractivo que tiene para los demás? Y, en el caso de ser de modo bastante obvio una persona atractiva en otros aspectos, ¿quiere eso decir que sólo se está haciendo tonta a sí misma y haciendo por otro lado que los demás se sientan incómodos con ella?

Historia: Junio de 1976, con una colega mujer:

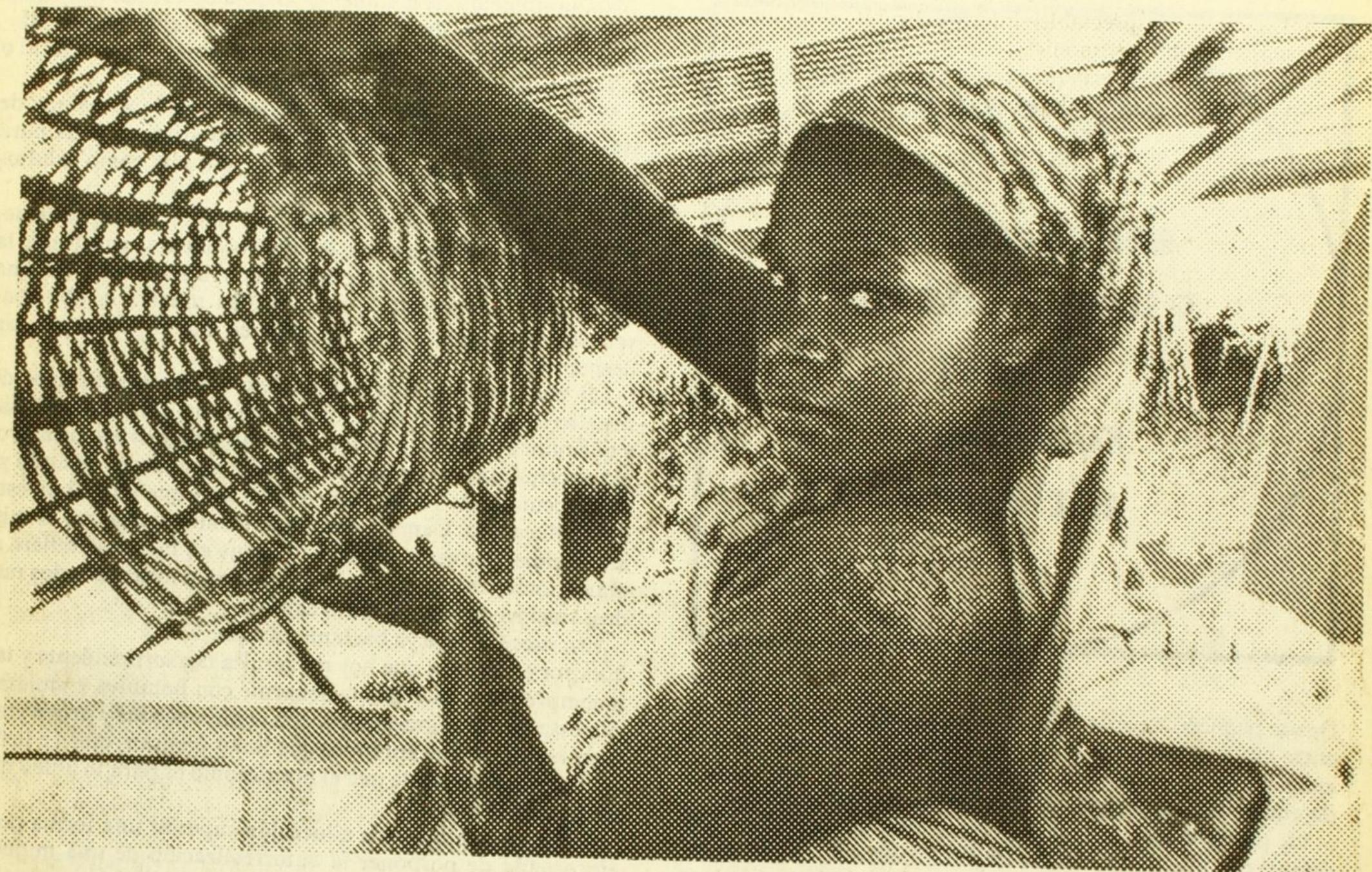
Ella: Hermana, ¿podría advertirte que tuvieras más cuidado en tus relaciones con los profesores varones?

Yo: ¿Por qué razón?

Ella: Porque soy una mujer casada y sé lo que sienten las esposas cuando te ven junto a sus maridos.

Yo: Lástima que nadie me interese lo suficiente en esta universidad como para robárselo a su mujer.

Luego de lo cual me quedé pensando cómo las personas se permiten a sí mismas una vida tan llena de inseguridades.



Pero, después de todo, pobre de mí también. Como escritora es suficiente que tenga que luchar contra mi soledad; es más, tengo que buscarla precisamente para poder producir. Y aún así, como académica, me pregunto de qué manera podré conservar una inteligencia despierta, si la condeno, como ha sido mi caso, al ostracismo, sólo porque me he permitido no considerar el matrimonio como la única forma de vivir. ¿qué hacer para mantenerme alejada de mis colegas, con el único fin de no despertar la furia de las mujeres a quienes les duele el hecho de mi posición profesional al lado de sus maridos?

Pero también los colegas del sexo masculino parecen resentir mi posición profesional, y entonces utilizan muchas pequeñas formas bastante ruines para castigar mi atrevimiento. Culpan a mi condición femenina de lo que en cualquier otro caso sería simple evidencia de la fragilidad humana más común: enfermedad, flojera o cualquiera otra de las excusas para la baja productividad. Y, en lugar de aprovechar mis capacidades, siempre prefieren consultar a colegas hombres en lo que se refiere a mi campo de especialidad, sin importar cuán mediocres puedan ser o qué evidente sea su falta de productividad.

Y es que, si no te encuentran físicamente repulsiva, toman tu situación de mujer permanentemente soltera como un insulto a su hombría.

En caso de permanecer soltera hasta los treinta años, entonces es todavía peor: no hay derecho, según ellos, a verse bien, a tener ingenio, a ir bien vestida —si bien algo regordeta— a tener buen cutis o una sonrisa en los labios. Las solteras académicas deberían vivir amargadas, siempre descontentas y marchitas ¡Por la falta de semen en sus organismos!

Y es que el bienestar de una mujer (al menos el aparente) para que se le considere correcto, debería ser reconocido por lo que realmente es: un producto directo del afecto de algún hombre y de su éxito en la profesión.

No es necesario repetir que se parte del supuesto siguiente: cuando una mujer académica se considera inteligente y dice en voz alta que no está interesada en el matrimonio, de hecho lo que parece decir, según el criterio de una persona madura que la escuche, es precisamente lo contrario: es decir, se está traicionando y lo que en realidad desea es casarse.

Las mujeres más inteligentes en el mundo académico saben que es mucho mejor casarse —así sea con el peor de los

hombres: vicioso, despreciable, inferior, brutal, estúpido— que permanecer sin matrimonio.

Historia: noviembre de 1975, con una colega mujer inmersa en un matrimonio que se desmoronaba:

Ella: "Su padre les ha enviado (a los niños) tantas cosas de Londres: vestidos, dinero, juguetes... créeme, hermana, que el peor de los maridos es mejor que no tener marido".

El verdadero problema es que una como mujer está incurriendo en territorio masculino. Casada o soltera, no se desea que esté una ahí y punto. Y para lograrlo no importa si es necesario insultar en público.

Historia: 1971, escuchado en boca de un conferencista más bien joven, en un auditorio lleno de profesores, y, entre ellos nada menos que yo presente:

"De verdad que esas perras académicas tan aparentemente independientes son incapaces de amor o afecto alguno. Sólo se dan cuenta de cuánto necesitan a los hombres cuando quieren tener hijos."

Y es que, para los nervios de esas gentes, incluyendo por supuesto a los colegas mentalmente avanzados, es más fácil aceptar que, sin casarse, la mujer además deba permanecer sin hijos porque, así, pueden hacer a un lado la crítica a su mediocridad, partiendo de que quien lo hace es sólo una solterona amargada. Lo que no les resulta justo a ninguno de ellos, es que, además de la ofensa cometida por permanecer fuera del estado matrimonial, la mujer pueda atreverse a insistir, desvergonzadamente, en ser madre soltera.

De cualquier manera, la insistencia en permanecer dentro del campo académico resulta una pérdida total de tiempo: para quien lo hace y para los demás. Y esto debido a que la articulación de las ideas o cualquier otra manifestación de inteligencia son consideradas del todo masculinas.

De ello deriva que sea imposible considerar a una mujer capaz de apasionarse y hablar sobre cuestiones públicas, o bien ocuparse de especulaciones abstractas.

Historia: 1972, después de participar en una mesa redonda en la televisión, sobre el tema de cuánta ayuda debería dar nuestro país a la lucha de liberación en el África meridional. Lo siguiente es mi encuentro con un colega varón:

El: Hola, hermana, la vi aparecer en la televisión.

Yo: ¿Me vio? Y ¿qué opina de las discusiones?

El: Bueno, la verdad hermana, me gustaría encontrar a algún hombre que se casara con usted... alguien que fuera lo suficientemente fuerte como para ablandarle la boca (¿querría decir la lengua?), por lo menos un poco.

Así, pues, incluso aquí, dentro del recinto universitario, en nuestras torres de marfil, entre nuestras paredes también de marfil, aun aquí nadie parece esperar que una mujer pueda desempeñarse correctamente en otros campos que no sean la cocina, la costura y otras de las así llamadas actividades femeninas.

Historia: mayo de 1980, después de una mañana muy pesada, llena de clases y asesorías, me dirijo al salón de profesores por una botella de cerveza. Entonces, un estudiante ma-

duro, del último año, se me acerca, los ojos y la boca todo sonrisas:

El: ¡Hola!

Yo, tomo su mano extendida y lo saludo preguntándome a qué se debe todo esto.

El: Se ha corrido la voz en todos los salones de que dio usted unas clases estupendas esta mañana.

Yo sonrío y, obviamente me empiezo a sentir muy halagada.

El: Usted sabe que nos gustan sus clases... Pero en lo que respecta a usted misma, parece que se excedió un poco... que su inglés fue absolutamente masculino.

Entonces me repliego en mí misma. Me repliego completamente. Yo, que todavía me encuentro en la categoría de "los que hablan inglés como segundo idioma", o lo que es lo mismo, que soy una de los muchos que utilizan el inglés como lengua sin que sea su idioma materno. Ahora resulta, además, que hablo el inglés como hombre, y, peor aún, que ellos me lo dicen como cumplido.

Ya me habían dicho muchas veces que escribo como hombre. Es decir: una escritura legible y valiente.

También me habían dicho que manejo el auto como hombre. Es decir: tranquila, correctamente, con reflejos casi perfectos, con un gusto por la velocidad...

Ahora resulta que, además, hablo el inglés como hombre, es decir, que tengo confianza en el manejo del lenguaje. ¿Quiere eso decir que la lista de los campos donde la mujer es incompetente crece hasta incluir las actitudes lingüísticas? ¿Y por qué no incluir de una vez la conciencia política, la sensibilidad frente a los problemas sociales y la vulnerabilidad al dolor físico y mental?

Historia: mayo 31 de 1980, al término de un simposio organizado por el Consejo de Representantes Estudiantiles y la rama local de la Unión Nacional de Estudiantes. La dirección que ocupa la mesa está compuesta por tres miembros de la Facultad y un jefe de Estado, recientemente electo. El tema es "La violencia, su estructura y usos":

Cuando las principales ponencias han sido presentadas, el presidente llama a alguna estudiante mujer a subir al estrado. Sólo hasta entonces me doy cuenta de que todos los participantes importantes habían sido hombres. Y por supuesto, de acuerdo con las más rigurosas prácticas intelectuales burguesas, resulta adecuado que ahora una mujer contribuya con algo de gracia a la ocasión, dando su "voto de agradecimiento".

En un impulso no controlado, comento esto con mi vecino más próximo, quien es también profesor universitario:

El: Cierto... ahora que lo mencionas... pero después de todo, es lo c o r r e c t o.

Yo: ¿Crees que lo sea?

El: Por supuesto, pero de cualquier forma, ¿qué tiene de malo que los cuatro oradores principales sean todos hombres?

Yo: Nada, si no hubieran llamado a una mujer para darles el agradecimiento.

El: Ya veo lo que quieres decir. En realidad, hermana, ¿qué saben las mujeres sobre la *violencia*? (subrayado mío AAA).

En ese momento me pregunté cómo no pude siquiera imaginarme el papel de estúpida que iba a hacer sacando a relucir este asunto.

Y todo parte de una sola cosa: no importa qué, hecho "como hombre" implica que está hecho de modo eficaz; de lo cual deriva que no sólo la capacidad y la habilidad son masculinas, sino que hacer algo con destreza, con profesionalismo y asiduidad, buscando la perfección, o tener talento y genio, todas son virtudes masculinas.

Y todavía más; se debería incluir que, pues éstos son los criterios para medir y juzgar los logros humanos, y dado que éstos son exclusivamente masculinos, entonces sólo los hombres son seres humanos. las mujeres *no* son seres humanos.

Finalmente, lo que resulta más increíble, lo que me deja más perpleja es que, reducidas nosotras al estado de no-personas, nuestros genuinos esfuerzos por demostrar capacidad y ponernos a prueba en todos los campos del quehacer humano, quedarán siempre menos apreciados. Peor aún, nuestros intentos por desempeñarnos correctamente en esos campos casi siempre terminarán por provocar resentimientos, abiertos o encubiertos.

Y quizá esto no debiera sorprendernos tanto si fuéramos realmente humanas o si supiéramos algunas cosas sobre los seres humanos:

Que no les gusta compartir nada, ni tierra ni honor. El imperativo territorial no sólo fue reconocido y definido por los hombres en relación con los demás animales, sino que, igual que el impulso de respirar, defecar y dormir, los seres humanos comparten la necesidad de proteger su pequeño pedazo de césped exactamente como lo hacen los demás animales.

Una mujer que trata de funcionar en el así llamado mundo de los hombres, despierta el pánico en las otras mujeres y la rabia en cualquier otro hombre, además de su propio padre. Y, por supuesto, cuanto más cerrado sea ese campo, mayor será el odio.

Hace algunos días me descubrí preguntándome a mí misma si habría yo tenido el valor de escribir si no lo hubiese empezado a hacer lo suficientemente joven como para saber lo que era bueno para mí. Honestamente puedo decir que me da gusto que la pregunta sea solamente una hipótesis.

Por ejemplo, en la discusión sobre un problema nacional, algunos profesores de otra universidad del país gritaron que yo no estaba preparada para hablar sobre cuestiones públicas, que debería dejar la política en manos de aquéllos que estaban mejor calificados para manejarla, y concentrarme en hacer lo que normalmente hago mejor, es decir, escribir obras de teatro y cuentos.

Y aquí he de decir que mis problemas como mujer escrito-

ra han sido mucho más fuertes y dolorosos que los que he sufrido como profesora universitaria. Es una condición tan extremadamente delicada que casi no se la puede manejar. Es como una herida interna y, por lo mismo terriblemente peligrosa, que termina por producir una hemorragia emocional perpetua.

Una se siente terriblemente mal por el hecho mismo de realizarse como escritora y peor aún, cuando se trata de hablar de ello. Pero este resentimiento no saldrá, ni en las bromas. La gente no se da cuenta de que sus actitudes y expresiones pueden juzgarse como hostiles, de ahí que la revelación misma produzca hostilidad.

Y sin embargo, es necesario hablarlo porque el dolor es muy real y, la herida lastima todavía más, y cuando quien nos molesta es precisamente la gente que a uno le importa, la más cercana, la que se respeta.

De ahí que la falta de calor con que fue recibido mi último libro me sea tan difícil de soportar.

Historia: enero 1980. El director de mi departamento, buen amigo y conocido escritor, discute conmigo la última edición del libro que acaba de aparecer en Nueva York. Me comenta que le parece que está muy bien hecho, impreso en una letra hermosa, en fin, que es realmente un hermoso libro. Entonces se me ocurre decir que, desgraciadamente, mi impresión es que a la casa editorial no parece preocuparle si se vende o no: "Qué lástima", me dice él, "porque ahí están todos esos programas de estudio sobre las mujeres que han surgido en todas las universidades de los Estados Unidos. Ellos deberían interesarse en el libro..."

Y yo sangro, sangro por dentro, porque si bien la única protagonista del libro es una mujer joven, cualquiera que intentara leerlo se daría cuenta de que sus preocupaciones son sólo parcialmente feministas. Si es que lo son. De cualquier forma, ¿y qué si lo son?. Feminismo quiere decir algo así como la mitad de los habitantes de esta tierra.

Historia: mediados de 1978. Un grupo de amigos reunidos una noche. Todos son hombres excepto yo.

Hay un visitante de otro país, un escritor bastante conocido. Estamos hablando, apasionadamente, sobre la situación política, y al mismo tiempo intentamos escuchar algo de música de jazz.

Por alguna razón, sucede que durante cinco minutos los demás no están en el salón o están absortos en la música. El escritor, que accidentalmente está sentado junto a mí, se me acerca al oído y me dice en voz baja y de modo más bien conspiratorio: "Leí tu último libro y me gustó mucho".

Yo murmuro unas rápidas gracias y empiezo a sangrar internamente otra vez.

Resulta que, cuando terminé de escribir ese libro, estaba yo de visita en los Estados Unidos. De modo que mandé una copia del original a un amigo, un crítico bastante conocido y también editor de una revista universitaria, muy respetada, sobre artes y humanidades. Cuando casi a fines de año volví a la universidad, no me habló una palabra sobre el manuscrito.

Ahí quedó.

Lo que no quedó ahí es la siguiente historia.

Historia: mediados de 1976. Un amigo común se ofrece voluntariamente a leer las pruebas de imprenta del libro. Hace un trabajo de primera, pues además de ser un autor muy famoso, es un individuo muy meticulado. Poco después, alguien le pregunta qué opina del contenido del libro, y él responde:

Este libro es lo que un diseñador de aviones aceptaría armar si alguien le solicitara el diseño de un automóvil.

Cuando yo lo presiono para saber su opinión acerca del libro, me acusa de hipocresía y de algunas otras cosas más fuertes y desde entonces deja de dirigirme la palabra.

Y todo esto sucede en casa de mi amigo el crítico y editor, quien mientras tanto permanece tan tranquilo como si nada. Sólo una vez desde entonces se atrevió a murmurar algo sobre *Killjoy* y el feminismo*.

Estoy convencida de que si *Killjoy* o cualquier otra cosa de ese tipo hubiera sido escrito por un hombre, como lo he dicho ya, nadie hubiera podido conciliar el sueño estos últimos años. (Por supuesto, en razón de todo el escándalo que se hubiera hecho alrededor del libro).

Si *Killjoy* ha sido reconocido en algún otro lugar, eso me resulta gratificante, pero no puedo evitar el dolor de saber que mi propia editorial lo trató con desprecio.

Es seguro que mis amigos y hermanos saben que la única cuestión importante para un creador es el reconocimiento crítico de la existencia de su libro y no necesariamente su aprobación. Los escritores, los artistas y todos los creadores prosperan por la controversia. Cuando un crítico se niega a comentar un trabajo, esto es violencia. Está deseando que mueras como persona creativa.

Y cuando alguien a quien se considera amigo se niega a dirigirte la palabra por un libro que has escrito, entonces está tratando de volverte loca de pura especulación, porque:

a) o está enojado contigo porque te has atrevido a escribir el libro,

b) o bien, está avergonzado de ti porque escribiste ese libro,

c) o bien, está celoso porque hubiera deseado ser él quien escribiera ese libro.

Pero detengámonos un poco. Este trabajo no fue hecho con la idea de hacer un catálogo de los desaires sufridos y almacenados con toda su debida amargura a través de los años. Nada en mi historia personal me había preparado para ello, y sólo hasta que me puse a reflexionar y a escribir este texto, adquirí conciencia y me surgió la necesidad de encontrar suficientes evidencias con las que demostrar cada una de las cuestiones.

(*) Juego de palabras que significa matar la alegría. El nombre del libro de la autora: *Our sister Killjoy or reflection from a Blackeyed squint*, Longman, Harlow, 1977.



Por supuesto que, excepto las observaciones de épocas muy recientes, debo confesar que todas las anteriores derivan de las bromas e incluso de los cumplidos que me hicieron en algún momento, y debo agregar que la manera en que nosotros mismos cooperamos con los demás para que se rían de nosotros, o incluso nos insulten por nuestros orígenes étnicos, raza, sexo, características peculiares, etcétera, se debe a que inconscientemente queremos creer que la gente que nos lo dice, no lo hace para lastimarnos.

Pero de repente, en respuesta a todo tipo de estímulos, se produce un cambio en nuestra conciencia y adquirimos una especie de nuevo ojo, de nuevo oído. Entonces miramos a nuestro alrededor, miramos al pasado y escuchamos con atención, y los descubrimientos que resultan de este proceso son realmente increíbles.

Para mí ha sido un golpe brutal descubrir todo esto. Por el hecho de haber crecido hasta la adolescencia en un pueblo donde las mujeres estaban reducidas a la condición de no-personas, nunca pensé que lo tendría que tomar en serio; porque siempre creí que no era un asunto articulado sino que se hacía de manera informal, de modo que la decisión sobre el grado de reducción a no-persona quedaba en manos de cada familia. Pero ahora me he podido percatar de que, a largo plazo, los efectos acumulativos de estas operaciones tan aparentemente suaves, no sólo son degradantes y estupidizadores sino muy bien y muy agresivamente articulados en una tradición sexista.

Una investigación de esta naturaleza corre el riesgo de ser juzgada de tonta, pero tonta o no, es muy legítima. Ya los antiguos decían que si uno permanece indiferente cuando se está repartiendo la carne, termina por quedarse con los puros huesos.

Y sabemos muy bien que no es sólo por nuestra indiferencia, sino aún más, con nuestro consentimiento y hasta complicidad, que las mujeres se han quedado con bastante menos que los puros huesos... No importa que los anzuelos que nos hayan echado vinieran cubiertos de azúcar o envueltos en miel. La verdad es que se apoyaban en los miedos de la mujer por la inseguridad física y sobre todo económica, y estaban bien enmarcados en el mito de la superioridad masculina y en el chantaje moral, de modo que el matrimonio se ha demostrado como el instrumento más efectivo de la represión. La mitad (o más de la mitad) de la humanidad ha pasado, gracias a él, por transformaciones que son verdaderamente humillantes o cuando menos ridículas.

En los principios que sostienen a la familia, el matrimonio ha demostrado una capacidad de camaleón para modificar su naturaleza en el tiempo y el espacio y continuar sirviendo a los fines ignominiosos de cada sociedad, ya sea la feudal, la esclavista o la burguesa moderna. A través de toda la historia y entre todos los pueblos, el matrimonio ha permitido que las mujeres se conviertan en: una propiedad como cualquier otra; una posibilidad de que se abuse de ellas con brutalidad como se hace con los siervos; un personaje para ser corregido en lo más propio de sí mismo; y, como si fueran niños,

increpadas y sobreexplotadas públicamente; pagadas con salarios inferiores; mucho más completamente explotadas que el obrero peor mal pagado de cualquier nómina.

Hoy en día nadie, lo que se dice nadie —y mucho menos las propias mujeres—, pueden tener una visión siquiera remota de un mundo en donde la condición de las mujeres se haya transformado revolucionariamente.

Y cada una de nosotras sabe que la solución no depende de una misma, de la mujer individual: casada o no sin que importe el grado de conciencia que tenga de los problemas de su medio social. Por supuesto que para poder conservar cierta salud mental durante cada uno de los días del trabajo ciudadano, es necesario adoptar una posición de respuesta combativa y propia contra los insultos tan continuos y tan velados. Por otra parte, si se exagera el nivel personal de la cuestión, se expone uno a desarrollar algunas peligrosas convicciones:

a) que de alguna manera una está sola en este mundo con tales problemas;

b) que quizá lo que sucede es algo muy grave con una misma en tanto que individuos;

c) que quizá una es excepcional y por lo tanto despierta la envidia de los demás;

d) que los demás son todavía más inmaduros que otras gentes en situaciones parecidas en cualquier otro lugar.

Es obvio que para tener una respuesta a largo plazo, si es que eso fuera posible, sólo la acción colectiva tendría sentido. Es necesario organizarnos, porque no estamos solas. Ahí están mujeres con todo tipo de antecedentes económicos y sociales que están en la lucha con diferentes niveles de conciencia.

Como profesora universitaria y como escritora, pertenezco a una categoría lo suficientemente extraña como para querer no volverme todavía más rara. Más bien tengo que recordarme continuamente a mí misma que lo que a uno le sucede en esta vida no tiene siquiera comparación con las humillaciones que cotidianamente sufren otras mujeres como resultado de su pertenencia a sociedades políticamente más violentas o económicamente más pobres. En esas situaciones resulta ya bastante terrible ser hombre, pero ser mujer resulta intolerable.

También es necesario resistir esos frentes que hacen para persuadirnos de que la cuestión de la mujer debe sumarse a la lucha contra cualquier sistema de explotación, la lucha nacionalista o la lucha contra el imperialismo y el capital monopolístico internacional.

Lo que sí resulta cada vez más claro es que a largo plazo ninguno de esos frentes de lucha tendrá mayor relevancia que los otros o podrá considerarse de manera independiente. Todos ellos explican el pasado, definen el presente y predicán el futuro del mundo imperialista contemporáneo y de su orden y, sobre todo, de su tecnología genocida, de su expansionismo territorial y de su militarismo.

Y la única manera de detener esta organización bien orquestada de la humanidad hacia el desastre total y la aniquilación, consiste en delinear claramente los posibles cam-



pos de lucha y entrar a cualquiera que esté a nuestro alcance. No podemos permitirnos una limitación de nosotras mismas dejando de lado algún aspecto de nuestra conciencia.

De cualquier forma, como mujer, se trata también de tener flexibles los músculos para poder servir como cuadro revolucionario ahí donde los camaradas son predominantemente hombres, para poder atinarle al muro de concreto con tal fuerza que nunca se pueda recobrar el yo original.

Porque hoy día, el hecho de que un camarada entienda los más delicados aspectos del marxismo o sea el luchador más valiente, no lo convierte automáticamente en alguien con alguna noción de las contradicciones que existen en la lucha, producidas por la posición anómala de la mujer en la historia. O lo que es todavía más importante, que entienda cómo ese hecho influye en las nociones de un grupo sobre las capacidades de una mujer.

Una mujer, pregúntenselo si no a Rosa Luxemburgo, para

ser tomada en cuenta, debería ser demasiado especial en todos los aspectos. De otra manera, las humillaciones y los ataques que se pueden llegar a sufrir de parte de los camaradas podrían rivalizar con los de los más reaccionarios. Y que nadie se asuste si después de alcanzar la victoria, ellos la regresan a una al viejo velo, como parte del proceso de consolidación de los triunfos de la revolución.

Pero eso ya forma parte de otra historia. 

Cape Coast, junio de 1980.

(traducido del inglés
por Sara Sefchovich)